



*Apostolado del Oratorio*  
*Devoción de los primeros Sábados de mes*

*Mayo 2012*  
*Misterios Gloriosos*

*3er. Misterio.*

*La venida del Espíritu Santo*

*- Pentecostés -*



*"La venida del Espíritu santo sobre Nuestra Señora y los Apóstoles"*

Vamos a dar inicio a esta meditación reparadora del primer sábado que nos fue indicada por la Virgen en Fátima en el año de 1917. Ella pedía que comulgásemos, rezásemos un misterio, hiciésemos la meditación de uno de los misterios del Rosario y confesásemos en reparación a su Sapiencial e Inmaculado Corazón.

Para los que practicasen esta devoción Ella prometía gracias especiales de salvación eterna.

La meditación de uno de los misterios tiene por objetivo hacer que el Corazón Inmaculado de María se sienta aliviado, se sienta reparado de tantos pecados, de tantos horrores, de tantas inmoralidades, tantos delirios que se cometen en los días de hoy. Por eso es importante, más allá de la confesión y de la comunión, del rosario que recemos, que ofrezcamos a la Santísima Virgen esta meditación.

***Oración inicial.***



Oh. Santísima Madre, Tú que eres la esposa del Divino Espíritu Santo, Tú que de manera muy especial recibiste la plenitud del Espíritu Santo en el Cenáculo, derramándolo enseguida sobre los Apóstoles, queremos en este momento ofrecerte esta meditación en desagravio a tu Inmaculado Corazón.

Nos dirigimos a Ti para pedirte gracias especiales para hacer bien esta meditación. Que sea para Ti un consuelo, un lenitivo, un alivio en medio a tantos horrores, pecados y ofensas a Tu Sapiencial e Inmaculado Corazón.

Te pedimos que intercedas junto a Tu Divino Esposo para que nos concedas gracias muy especiales para aprovechar bien este momento de meditación y poder participar de las gracias que fueron derramadas sobre Ti y sobre todos los que contigo se encontraban en el Cenáculo.

Oh Virgen Santísima, danos la gracia de acompañarte en cada momento, a fin de que, conducidos por Ti, lleguemos a la plena consonancia contigo.

➤ ***Lectura bíblica para la meditación.***

*“Al cumplirse los días de Pentecostés, estando todos juntos en un lugar, se produjo de repente un ruido proveniente del cielo como el de un viento que sopla impetuosamente, que invadió toda la casa en que residían. Aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según que el Espíritu les otorgaba expresarse. Residían en Jerusalén judíos varones piadosos, de cuantas naciones hay bajo el cielo, y habiéndose corrido la voz, se juntó una muchedumbre, que se quedó confusa al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos de admiración, decían: Todos estos que hablan, ¿no son galileos? Pues, ¿cómo nosotros los oímos cada uno en nuestra propia lengua, en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, los que habitan Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y*

*Panfilia, Egipto y las partes de Libia que están contra Cirene, y los forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandezas de Dios. Todos fuera de sí y perplejos se decían unos a otros: ¿Qué quiere decir esto? Otros, burlándose, decían: Están cargados de mosto.” (Hech, 2, 1-13).*

### ***I- Juntos con la Reina de los Apóstoles***

**“Estando juntos en un lugar...”** Es indispensable –y está de acuerdo con los designios de Dios– pues, Él nos creó con el instinto de sociabilidad, Él quiere que vivamos en sociedad. Por eso **“estando juntos en un lugar...”**

No obstante Pentecostés sea un hecho histórico, tenemos que tener en cuenta, como nos enseña la doctrina católica, que cuando pasamos por una fiesta litúrgica, o cuando recordamos algún hecho que se dio en la historia de la Iglesia (por ej. el del objeto de esta meditación), no debemos juzgar que es un mero recuerdo de lo que hubo; debemos compenetrarnos que, mucho más que un recuerdo se trata de pedir para recibir las mismas gracias que fueron concedidas en esa ocasión.

El Concilio dividió la liturgia en tres ciclos: A, B y C, haciéndose más rica, pues durante esos tres años tenemos lecturas diferentes para cada año. A cada fiesta, a cada ceremonia, a cada recordación de este o aquel hecho, la Iglesia no lo hace sólo con el intuito de apenas recordarnos cómo podemos hacer con nuestro cumpleaños o aniversario de casamiento, o de primera comunión, o algo semejante.

Es mucho más que una mera recordación, se trata de algo más penetrante, mucho más rico, porque nos hace participar de las mismas gracias que fueron concedidas en la ocasión en que el acto se dio. En nuestro caso concreto, estamos recordando la venida del Espíritu Santo sobre la Virgen y los Apóstoles en el Cenáculo.

Esa venida del Espíritu Santo, fue para la Iglesia un acontecimiento extraordinario. Le dio fortaleza a la Iglesia de Cristo para vencer los obstáculos por los cuales tendría que pasar; los Apóstoles tendrían que enfrentar la muerte, tendrían que enfrentar el respeto humano, tendrían que dar testimonio de Jesús Cristo en medio de las mayores persecuciones, las mayores repulsas, sufrir los horrores de todo tipo y por eso precisaban de fuerzas.

La Iglesia ya había nacido, se estaba constituyendo, pero era como un bebe, no había alcanzado la edad adulta. Es correlato con la Confirmación. Cuando recibimos el Bautismo, comenzamos a participar en la vida divina, recibimos las gracias y dones que

son infundidos en nuestra alma. Sin embargo no tenemos la suficiente fortaleza, la suficiente templanza y tantos otros dones y virtudes para enfrentar las adversidades. Era así que estaba la Iglesia naciente, reunida en el Cenáculo, alrededor de Nuestra Señora pero los Apóstoles estaban extremadamente muy temerosos.

Recordemos que Jesús apareció en el Cenáculo, con puertas y ventanas cerradas debido al pavor de los Apóstoles y discípulos que pueda sucederles algo malo. Fue preciso que Jesús resucitado les dijese por tres veces: “la Paz sea con vosotros”.

Pero, ¿Cuál es esta paz que sólo llega a su plenitud con la venida del Espíritu Santo? Es ver la Iglesia naciente reunida en el Cenáculo a la espera de esa Fortaleza y considerando el misterio de Pentecostés no como un mero recuerdo, sino siguiendo las orientaciones de la doctrina católica, o sea, que en el recuerdo la Providencia concede las mismas gracias que fueron dadas en aquella ocasión en que el Espíritu Santo desciende sobre ellos.

Por eso debemos esperar esta fiesta con ánimo y con el deseo de que, en cuanto reparamos el Sapiencial e Inmaculado Corazón de María, podamos también recibir las gracias que fueran concedidas en aquel día de Pentecostés y no apenas dejarnos llevar por los acontecimientos litúrgicos, sin entrar en el fondo del significado de cada uno de ellos.

## ***II- María, Madre de la Iglesia***

¿Quién se encontraba en el Cenáculo? María, los Apóstoles, los discípulos que era ceca de 120 y las Santas Mujeres. Todos en retiro, en recogimiento, en contemplación. Contemplan, se recogen y rezan. Esto es para nosotros un estímulo, una invitación. Cuántas veces tenemos que hacer un trabajo, un estudio, un paseo, constituir una familia. Para todos los acontecimientos y en especial para aquellos que marcan nuestra vida es indispensable que sea hecho un recogimiento, es indispensable que nos coloquemos en oración como lo hicieron María y los Apóstoles, los discípulos y las Santas Mujeres, antes del gran acontecimiento del descenso del Espíritu Santo.

Juntos, reunidos, por lo tanto apoyándose unos a otros. Por eso que estamos hoy en esta Iglesia (capilla, etc.) a fin de celebrar el Primer Sábado, asistir juntos a la Santa Misa como también beneficiarnos de las gracias que Nuestra Señora prometió en Fátima.

Podríamos estar en casa solitos, empleando más tiempo en oración, pero ciertas gracias son concedidas por estar reunidos en un templo oficial de la Iglesia, como estamos ahora. Esto es para nosotros algo muy especial pues imitamos a la Virgen María, los Apóstoles, los discípulos y las Santas Mujeres: ***“de repente un ruido proveniente del cielo como el de un viento que sopla impetuosamente, que invadió toda la casa en que residían”.***

Fenómeno místico extraordinario, las gracias que bajaban en aquel momento fueron especialmente para Nuestra Señora. Ella ya había recibido una plenitud de gracias especiales por ser la Madre de Dios. Cuando el Ángel San Gabriel apareció a María para anunciarle que Ella sería la Madre del Mesías, Ella recibió una plenitud de gracias.

Ora, María es de hecho la Madre de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo Encarnado. Además, Ella es Madre de todos los bautizados, no Madre natural como lo es de Jesús, pero sí de modo místico. Sin embargo para ser Madre de la Iglesia era preciso otra plenitud de gracias del Espíritu Santo; en el momento en que la Iglesia se estaba constituyendo para dar inicio a su lucha y manifestarse a todos los pueblos difundiendo el Evangelio, siendo Ella la Madre de la Iglesia, era indispensable que recibiese otra plenitud de gracias.

María es Madre de Cristo físico, pero también lo es del Cristo místico que es la Iglesia que encontraba en su proceso de constitución. Para ello, era preciso que Ella recibiese abundantes gracias. Y este fue el motivo por el cual el Espíritu Santo viene primero sobre Ella, para en seguida ir a los otros.

***“que invadió toda la casa en que residían”*** Este hecho dio a los Apóstoles, como está dicho en el Evangelio, el don de lenguas, pero aparte de esto, ellos fueron tomados por una gracia especial por la cual todos los otros dones del Espíritu Santo le fueron concedidos.

Ellos eran cobardes, tenían miedo, eran ambiciosos – en el momento de la Ascensión ellos estaban preocupados si Nuestro Señor iría a restaurar el reino de Israel, dando una supremacía de éste sobre los otros pueblos, liberándolos de los impuestos–, eran humanos y muy humanos, pero con los dones recibidos del Espíritu Santo de cobardes y humanos son transformados en valientes y fuertes. Aparte de recibir el don de lenguas, reciben también el don de profecía, de milagros, crecen vigorosamente en la Fe, en la gracia, en la Caridad, en el Amor. Reciben una infusión de las virtudes, especialmente de la Fortaleza.

### *III- El Don del Espíritu Santo*

¿Quién es el que desciende? ¡Es el Espíritu Santo! Dice todo, pero dice poco, porque es preciso saber bien quien es el Espíritu Santo.

Tenemos en nuestra vida una noción vivencial de lo que sea amar. Lo sabemos porque vivimos este amor; un pariente a quien amamos mucho, el amor que tenemos a nuestros padres, a nuestros hijos, son amores que están entrañados en nosotros, los sentimos y vivimos, hace parte de nosotros.

Sin embargo, tenemos dificultad en definir lo que sea exactamente el amor, es más un sentimiento que una definición, no es fácil definir.

“Amor meus, pondus meus” mi amor mi propensión, mi peso, mi inclinación. Por aquello que me inclino, allí está mi amor. Si yo tengo un único hijo o hija, mi amor entero se concentra en él o ella. Si tengo diez hijos y uno de ellos está enfermo, los amo a todos pero en aquel momento el que está enfermo, absorbe todo mi amor, todo mi cariño, todo mi afecto, me doy todo entero sobre el que está enfermo. El amor es una inclinación para aquello que amo.

Esta inclinación, este amor tiene un símbolo inconfundible: el amor se sintetiza en el abrazo. Cuando quiero manifestar mi amor por un hijo o una hija, el padre o la madre, yo los abrazo. No me recuerdo de una sola vez en que me haya separado de mi madre por un cierto tiempo, que al reencontrarlo no la haya abrazado, es incomprensible, el abrazo es el símbolo del amor.

Esto, que en la naturaleza humana es una propensión, una inclinación difícil de definir, para la naturaleza divina toma proporciones impresionantes, porque en Dios esta propensión es fortísima, es omnipotente.

Dios Padre, al conocerse a Sí mismo desde toda la eternidad, el conocimiento que Dios Padre tiene de Sí es tan fuerte, tan vigoroso, que genera un Ser idéntico a Él, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, que desde toda la eternidad es generado por el Padre. Pero el Hijo tiende al Padre, Lo ama, el Padre ama al Hijo y es de este amor mutuo --que antes que todo es omnipotente, fortísimo, eterno, es un amor infinito, amor que es absoluto--, es generada una Tercera Persona: el Espíritu Santo. Entonces, el Espíritu Santo es propiamente el amor del Padre por el Hijo y del Hijo por el Padre; amor que tiene características tan divinas, tan substanciales, tan esenciales, tan eternas que recibe un nombre: Espíritu Santo. Fue Él quien bajó sobre los Apóstoles

conduciendo sus dones. Aquí podríamos meditar sobre cada uno de esos dones y hasta hacer un retiro espiritual sobre las maravillas que Dios Espíritu Santo derramó sobre la Virgen y los Apóstoles en aquel día.

Veamos el don de **Fortaleza**. Podemos tener en nuestra vida una fuerza natural adquirida por hereditariadad, o todavía por esfuerzo personal. Una fuerza, una virtud, un hábito de ser fuertes. Pero, ¿fuertes en relación a qué? Ser fuertes en relación a los obstáculos. Hay obstáculos, los supero; puedo ser empresario en mi vida, realizando proezas y heroísmos aquí, allá, acullá. Puedo vencer el miedo y así practicar la fortaleza. No obstante, hay riesgos, hay peligros, hay obstáculos que son mucho más fuertes que yo y delante de los cuales, por más que me sienta preparado por la virtud, no conseguiré vencerlas. Eso será posible en la medida en que me fuese dado el don de Fortaleza, porque la virtud sigue lo que indica la razón, pero los dones, como dice San Tomás de Aquino, mucho más que seguir la razón, ellos nos hacen seguir las inspiraciones del Espíritu Santo. Todas las gracias que nos son dadas, sólo producirán sus perfectos resultados, desde que seamos asistidos por los mismos dones del Espíritu Santo.

Así es que yo pueda sustentar una discusión, pero en la hora en que tenga que entregar mi vida por Jesus Cristo, por la Santa Iglesia, si no estuviese asistido por los dones del Espíritu Santo, no tendré fuerzas suficientes, pues el instinto de conservación hablaría más alto que la capacidad que tendré para superar los obstáculos, para mí, insuperables.

Pero también es necesario el don de Fortaleza para enfrentar el mundo de fuera. Esos jóvenes Heraldos del Evangelio que andan de hábito todo el día, con esa cruz en el pecho, consiguen tener el coraje suficiente para enfrentar la opinión pública que les pueda ser contraria, por el don de Fortaleza.

Fue lo que sucedió con los Apóstoles. Para ellos no existía el problema del riesgo de vida, no existía el respeto humano, no existía ya el complejo de inferioridad en relación al poderío romana, o al mismo judaico; para ellos lo que importaba era Nuestro Señor Jesucristo.

Precisamente, son estas las gracias que necesitamos y que hoy pedimos en esta meditación.

### ***Oración final.***

Volvámonos para Aquella que ya posee esos dones y a quien fueron concedidos muchos otros, acrecentando aquellos que ya poseía. Vamos a pedir a la Esposa del Divino Espíritu Santo que la plenitud de los dones que Ella recibió, los derrame también sobre nosotros.

Oh Virgen Santísima, fuiste constituida Reina de los cielos y de la tierra, fuiste Madre del Cristo humano y Madre del Cristo místico, siendo por lo tanto Madre de la Iglesia, Madre mía y Madre nuestra. Te pedimos que en este momento en que terminamos esta meditación en desagravio a Tu Sapiencial e Inmaculado Corazón, hagas descender sobre nuestras almas las mejores gracias y dones del Espíritu Santo. Que esos dones inflamen plenamente mi fervor y que alcance su grado máximo, porque es justamente con ese entusiasmo, con este amor encendido que yo obtengo fuerzas para vencer todas las situaciones que la vida pone delante de mí. Tendré fuerzas para abandonar una mala amistad, tendré fuerzas para mantenerme lejos de una ocasión próxima de pecado, tendré fuerzas para no mirar una propagando inmoral, tendré fuerzas para apagar la televisión en una hora en que fuere presentado un programa que ofende Tu Inmaculado Corazón, tendré fuerzas para ser santo y de dar siempre mi “sí” a las gracias que Dios quiera darme en este sentido.

¡Madre mía! Te pedimos en este fin de meditación, que derrames sobre nuestras almas todos los dones que superabundan en Tu alma, que son los dones de Tu Divino Esposo, el Espíritu Santo; haciéndome de este modo un perfecto cristiano, un verdadero santo.

*P/S: Meditación de autoría de Mons. Juan S. Clá Dias, Catedral da Se, Sao Paulo, 3 de junio de 2006. (Sin revisión del autor).*

#### ***Apostolado del Oratorio – Devoción de los Primeros Sábados”***

Informativo destinado a los coordinadores del

Apostolado del Oratorio

Divulgación restricta

**Heraldos del Evangelio**

[heraldos@heraldos.org.mx](mailto:heraldos@heraldos.org.mx) – Tel-fax: 55 2167 6339